

numerosa, según se nos había mandado, con el fin de vigilar todos los pasos é impedir que saliesen espías de los enemigos mientras el Señor estaba en su obra, no fuese que indignado de tal temeridad, destruyese lo que había creado; pues bien que nada pudiesen ellos intentar sin su consentimiento, quiso, como supremo monarca, enviarnos á cumplir sus altos mandatos y probar la prontitud de nuestra obediencia. Llegamos en breve; encontramos cerradas y fuertemente barreadas las pavorosas puertas; pero ántes de aproximarnos, oímos dentro un rumor que en nada se parecía á los armónicos sonos de los cánticos ni las danzas, sino á los gritos de los tormentos, de las lamentaciones y de la furiosa rabia. Volvimos alegres á las colinas limitrofes de la luz ántes que anocheciese el sábado, así como se nos había ordenado. Pero comienza ya tu relato, el cual escucharé con el mismo gusto que tú has escuchado el mio.»

Esto dijo el divino Nuncio; y prosiguió así nuestro primer padre: «Difícil le es al Hombre decir cómo empezó su vida, porque ¿quién conoce su verdadero origen? Pero el deseo de seguir conversando contigo me animará á hacerlo. Cual si nuevamente despertase del más profundo sueño, me hallé muellemente recostado sobre la florida yerba; y cubierto de un balsámico sudor, que tardaron poco en enjugar los rayos del Sol, absorbi aquellos húmedos vapores. Volví en seguida hácia el cielo mis ojos asombrados, y estuve un rato contemplando el espacioso firmamento; hasta que levantándome de pronto por un movimiento instintivo, salté como esforzándome en llegar á él, y me hallé derecho sobre mis piés, que me sostenían. Al rededor ví colinas y valles, umbrosos bosques, llanuras bañadas de sol, líquidos arroyuelos que murmurando se deslizaban, y por do quiera criaturas que vivían y se movían, que andaban ó volaban, y aves que gorjeaban entre el ramaje. Todo se mostraba risueño, y mi corazón estaba inundado en fragancia y en alegría.

»Reparé entonces en mi mismo, examiné todos mis miembros, di algunos pasos, y me determiné á correr, valiéndome de mis sueltas articulaciones, é impelido por la vigorosa fuerza que en mí sentía; pero ¿quién era yo, dónde estaba, por qué existía? De nada tenía noticia. Probé á hablar, y hablé sin dificultad, prestándose á ello mi lengua, y poniendo nombre á cuanto veía; y exclamé: «¡Oh Sol, claridad hermosa, y tú, Tierra, que recibes su luz y que tan lozana te ostentas y tan risueña: montes y valles, ríos, bosques y llanuras: y vosotros los que gozáis de vida y de movimiento, bellísimas criaturas! Decidme, decidme, si lo

sabéis, de dónde procedo y cómo me encuentro aquí. No procedo de mi mismo, sino seguramente de un gran Hacedor, tan grande por su bondad como por su poder. Decidme cómo he de conocerle, cómo podré adorarle, pues por él gozo de movimiento y vida, y me siento más feliz de lo que yo mismo puedo comprender.»

»Y mientras hablaba así, me encaminé sin saber adónde, lejos del sitio donde por vez primera respiré el aire y contemplé esa encantadora luz; y como nadie me respondiese, me senté pensativo en un verde y sombrío ribazo, bordado todo de flores. Por primera vez también me asaltó el delicioso sueño, que con dulce opresión y sin alarmarme embargó mis sentidos, bien que temi volver á la insensibilidad de mi primer estado, y disolverme repentinamente. Mas en el mismo punto se apoderó de mi mente un sueño, cuya agradable representación vino á hacerme creer que gozaba aún de mí ser, que vivía aún; y figuróseme que llegaba allí alguien de divino aspecto, y que me decía: «Adán, tu mansión te llama; levántate, Hombre, destinado á ser el primer padre de innumerables hombres. Vengo, llamado por tí, para conducirte al delicioso jardín donde tienes dispuesta tu morada.» Esto diciendo, me asió de la mano, y deslizando por el aire sin dar paso alguno, me transportó por encima de los campos y de las aguas á una selvosa montaña, cuya cima era una llanura, ancho recinto cercado de hermosísimos árboles, de calles y de bosques; que de cuanto hasta entonces había visto en la tierra, nada apenas me parecía tan agradable. Los frutos que en extremada abundancia pendían de cada árbol, incitaban primero á los ojos y encendían después el apetito en deseo de cojerlos y de gustarlos; y en esto desperté, y ví que era realidad lo que con tal viveza el sueño me había pintado. De nuevo hubiera emprendido mi carrera, á no haberseme aparecido entre los árboles la divina presencia del que en aquel lugar me servía de guía; y lleno de júbilo, pero con respetuoso temor, me prosterné ante sus plantas para adorarle.

»Hízome levantar, y con la mayor dulzura me dijo: «Yo soy el mismo que buscas, el autor de cuanto ves encima, debajo y al rededor de tí. Te hago dueño de este Paraíso; tenle por tuyo para cultivarle, guardarle y sustentarte de sus frutos. De todos los árboles que en este jardín crecen, come libremente y con corazón alegre; no padezcas necesidad; pero del que lleva en sí el conocimiento del bien y del mal, que he plantado en medio del jardín, junto al árbol de la vida, y para prueba de tu obediencia y fidelidad (no olvides jamás este precepto), guar-

date de gustar, y evita sus funestas consecuencias. Sabe que el día que comas de él y quebrantes el único mandato que te impongo, morirás infaliblemente, serás mortal desde entonces, perderás tu presente felicidad, y expulsado de aquí, irás á un mundo de desdichas y penalidades.»

»El severo tono con que pronunció esta rigurosa prohibicion resuena aún con terrible eco en mis oídos, dado que está en mi mano no incurrir en semejante pena; mas en seguida cobró su risueño aspecto, y prosiguió hablándome en estos afectuosos términos: «No solo este encantador recinto, sino la tierra toda te doy á ti y á tu descendencia. Poseedla como dueños, con todo lo que vive en ella, en el agua y en el aire, animales, peces y aves; en testimonio de lo cual, he ahí á los pájaros y cuadrúpedos segun la especie de cada uno: te los presento para que les impongas sus nombres, y para que con la más sumisa obediencia te rindan homenaje; y lo propio has de entender de los peces, que residen dentro del agua, y no comparecen aquí porque no pueden abandonar su elemento ni respirar este aire, sutil para ellos en demasia.»—Y mientras así se expresaba, fueron de dos en dos acercándose á mi las aves y los animales, postrándoseme éstos con mansos halagos, y aquellas descendiendo, sostenidas en sus alas. Íbales dando nombre á medida que pasaban, é instruyéndome en su naturaleza, que de tal penetracion me habia dotado Dios en aquel momento; pero en ninguna de aquellas criaturas hallaba lo que parecia aún faltarme; y así me atreví á preguntar á la celeste vision:

«Y á ti ¿cómo te llamaré? Porque tú eres superior á todos estos, superior al Hombre, á todo lo que es más que el Hombre, y á cuanto pudiera yo nombrar. ¿Cómo podré adorarte, autor de este Universo y de todo lo que es un bien para el Hombre, cuya felicidad has labrado tan sin medida, disponiéndolo todo para este fin? Pero nadie participa conmigo de tan gran ventura. ¿Qué dicha hay en la soledad? ¿Qué goce es el que se disfruta á solas? Y aún gozando así de todo ¿cómo puede uno satisfacerse?»

»La presuntuosa resolucion con que dije esto sugirió á mi celeste vision una sonrisa que realzó su majestad; y añadió: «¿Qué entiendes por soledad? ¿No están la tierra y el aire poblados de criaturas vivientes, que dóciles á tu voluntad, se muestran contentos con tu presencia? ¿No comprendes su lenguaje y sus instintos? También alcanzan ellos una inteligencia y una razon que no son de despreciar. Recréate con ellos, trátalos como soberano dueño de un vasto imperio.»

»Estas palabras del universal Señor me parecieron un mandato; y en tono suplicante, como quien demanda indulgencia, repuse: «¡Que no te ofendan mis palabras, Señor Omnipotente y Hacedor mio! ¡Préstame benignos oídos! ¿No te has dignado hacerme aquí tu representante, y disponer que sean inferiores á mi todas estas criaturas? Pues ¿qué sociedad, qué armonia, qué verdadero placer puede ser comun á los que no se consideran entre si iguales? No hay mutualidad de afecto, si no se da y se recibe en la proporcion debida, porque en la desigualdad que eleva á unos y rebaja á otros, no puede existir perfecto acuerdo y se establece pronto reciproco desvio. Hablo de la sociedad tal como yo la desearia, en que los placeres razonables han de ser comunes, y no pueden serlo en el consorcio del bruto con el hombre. Cada cual busca solaz en los de su especie, como el leon en la compañía de la leona, y por eso tú mismo los has unido en parejas; que no solo es imposible que se entiendan el pájaro y la fiera, ó el pez y el ave, mas ni siquiera el ximio con el buey, y ménos el hombre con el bruto, por ser esto lo más difícil.»

»Á lo cual, sin manifestar desagrado, respondió el Todopoderoso: «Veo, Adán, que quieres procurarte una felicidad perfecta y pura en la eleccion de tus asociados, y que no hallarás placer, con encontrarte rodeado de tantos goces, viéndote solitario. ¿Qué juzgas de mi y de mi actual estado? ¿Crees que yo soy completamente feliz ó no? Solo estoy toda una eternidad; no reconozco segundo ni semejante, y mucho ménos igual: ¿con quién, pues, he de comunicarme, sino con los que son hechura mia; inferiores á mi, é infinitamente inferiores á lo que respecto á ti son las demás criaturas?»

»Á esta pregunta respondi humildemente: «Soberano del mundo, para concebir la alteza ó profundidad de tus eternos designios, ¿qué limitado es el alcance humano! Tú eres perfecto por ti mismo, y en ti no cabe la menor falta. No es así el Hombre, que se perfecciona gradualmente con el deseo de asociarse á sus semejantes para hacer más llevaderos ó mejorar sus defectos. Ni en ti hay la necesidad de reproducirte, siendo infinito como eres y, aunque uno, cabal en número. El número es lo que manifiesta en el Hombre su imperfeccion individual, y así debe producir el semejante de su semejante, y para multiplicar su imágen, imperfecta en la unidad, necesita de un amor mútuo, de una compañía querida; pero tú, aunque solo en tu recóndito alcázar, no has menester mejor acompañamiento que tú mismo; no buscas otra sociedad; y si tal quisieses, sublimarias á

una de tus criaturas hasta unirla ó ponerla en comunicacion contigo, hasta divinizarla; mientras que yo no puedo levantar al que se arrastra por la tierra para conversar con él, ni hallar en su trato complacencia alguna.»

»Alentado por su bondad, habléle así, valiéndome del permiso que me otorgaba; Él acogió mi indicacion, replicando con su graciosa y divina voz: «Me he complacido hasta ahora en probarte, Adán, y advierto que no sólo conoces á los animales, pues has dado á cada cual adecuado nombre, sino que te conoces á ti mismo. Bien descubres el libre espíritu que en tu interior he puesto, la imagen mia, que no he concedido á los brutos, por lo cual no puedes igualarte á ellos. Razon tienes en considerar extraña su sociedad, y piensa siempre del mismo modo. Antes de oírte, sabia que no era conveniente al hombre la soledad; mas la compañía que entonces viste no es la que te destino; te la mostré únicamente para probar si juzgabas bien de tu conveniencia y de lo que es justo. Lo que ahora te presentaré ha de agradarte seguramente; será una semejanza tuya, un sosten á propósito para ti, un segundo tú, exactamente igual á lo que anhela tu corazón.»

»Calló al decir esto, ó yo no le oí decir más, porque rendida mi naturaleza terrestre á aquella virtud divina, que por tanto tiempo me habia tenido remontado á la excelsa altura de su celestial coloquio, como deslumbrado y oprimido por una fuerza que embarga los sentidos, no pudiendo vencer mi languidez, recurri al alivio del sueño, y éste acudió al instante, traído en mi auxilio por la naturaleza, y cerró mis párpados, pero dejó clara mi vista interior, la luz de mi fantasia; y arrebatado, como en un éxtasis, me pareció percibir, aunque dormido, el mismo glorioso sér que habia tenido despierto ante mis ojos; y vi que descendía hasta mi, y que me abría el costado izquierdo y sacaba de él una costilla teñida toda en sangre del corazón, principio y savia de la existencia. La herida era profunda, mas de repente se cubrió de carne nueva y quedó sanada.

»Dispuso la vision creadora y modeló la costilla con sus manos, y de ellas salió una criatura semejante al Hombre, pero de diferente sexo, y tan en extremo hermosa, que cuanto en el mundo me habia parecido bello, dejé de verlo tal desde aquel instante, ó más bien lo contemplé cifrado en ella y en el encanto de sus ojos; los cuales llenaron mi corazón de un suave deleite que antes no habia sentido, y esparcieron en todo cuanto la rodeaba el espíritu del amor y el más delicioso anhelo. Á poco desapareció, privándome de su luz, y desperté, y corri en

su busca, resuelto á hallarla, ó á lamentar su pérdida para siempre y renunciar á toda otra felicidad. Y cuando menor era mi esperanza, héla nuevamente á corto trecho de allí, conforme se me habia en el sueño aparecido, revestida de todas las seducciones que tierra y cielo podian juntar para hacer su beldad más interesante. Llegóse á mi llevada por su creador celestial, que aunque invisible, con su voz la dirigia, habiéndola impuesto ya en los deberes de la santidad nupcial y en los ritos del matrimonio. La gracia acompañaba sus pasos, el cielo reverberaba en sus ojos, y la dignidad y el amor presidian á todos sus movimientos. Enajenado de júbilo, no pude ménos de exclamar así:

«Esta vez colmas mis deseos. Cumpliste ya tu promesa, bondadoso Señor, dispensador de todos los bienes, y de éste en especial, el mayor don que has podido hacerme. ¿Cómo no me lo envidias? Ya veo el hueso de mis huesos, la carne de mi carne: en ella me veo á mi. Mujer es su nombre; del Hombre ha sido sacada; y por esta causa el Hombre dejará á su padre y á su madre para unirse con su mujer; y ambos serán una misma carne, un mismo corazón y una sola alma.»

»Ella me oyó; y aunque impulsada hácia mi por una fuerza divina, la inocencia, el pudor virginal, su virtud, la conciencia de su dignidad, que ha de ser requerida antes que conquistada, que no es fácil ni espontánea, sino retraída y cauta, para que su incentivo sea mayor, en suma, la naturaleza, bien que exenta de todo pensamiento pecaminoso, tan poderosamente obró en ella, que al verme se retiró. Yo la seguí; ella, poseída del sentimiento del honor, con majestuosa condescendencia aprobó la demostracion de mi solicitud; y la conduje al lecho nupcial, arrebolado su rostro con el carmin de la aurora. Los cielos todos, las favorables constelaciones marcaron aquella hora con su más benigna influencia; congratulóse la tierra; estremeciéronse de gozo sus colinas; las aves gorjearon alborozadas, y el fresco ambiente y los bullidores céfiros difundieron la nueva entre los bosques, derramando sus alas las rosas y perfumes que habian libado en las aromáticas florestas; hasta que la enamorada avecilla de la noche cantó aquel himeneo, y dió prisa á la estrella de la tarde para que iluminando la cima de su colina, encendiese la nupcial antorcha.

»Te he dicho pues lo que pasó por mi: mi historia te hará ver la felicidad terrestre de que disfruto. Confieso que todo me causa placer aquí, pero un placer que, anhelado ó involuntario, ni excita en mi cambio alguno, ni produce mayor deseo,